

ARZOBISPO
Ricardo Blázquez Pérez
Homilía

SOLEMNIDAD DE SAN PEDRO REGALADO 2012

Solemnidad de San Pedro Regalado 2012

13 de mayo de 2012

San Pedro Regalado nació hacia 1390 en la plaza del Ochavo, esquina con la calle Platerías, en el corazón de Valladolid. Fue bautizado en la pequeña iglesia *Santa Elena*, que se convirtió después en la actual Parroquia *Santísimo Salvador*, donde nos encontramos. Un paisano nuestro que vivió hace siglos tiene un mensaje actual para nosotros; continúa ocupando un lugar en nuestro corazón y lo invocamos confiadamente como patrono de la Ciudad y de la Diócesis. La proximidad geográfica hace más elocuentes su ejemplo y su palabra, su forma de vivir marcada por el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, de quien él y nosotros nos reconocemos discípulos.

Pedro Regalado es el primer santo franciscano español, célebre por sus virtudes y sus milagros; fue un evangelio vivo. Conoció la orden franciscana a través del reformador Pedro de Villacreses, en La Aguilera, donde reposan definitivamente sus restos mortales esperando la resurrección de los muertos. Pronto percibió Pedro Regalado cómo la ejemplaridad de la vida y la regla de san Francisco se habían rebajado tanto en sus seguidores que era necesaria una reforma. Los dos lugares de la reforma iniciada por Pedro de Villacreses, a saber, La Aguilera y El Abrojo cercano a nuestra ciudad, fueron espejo de los orígenes franciscanos y cristianos. La Aguilera fue llamada Casa de Dios (*Domus Dei*), y El Abrojo, Escalera del Cielo (*Scala Coeli*). Dios estaba presente de modo particular en estos eremitorios, y eran como puertas para subir al cielo.

requeridos para recorrer, bajo la guía de la autoridad legítima, las vías de solución. Si la división nos debilita e inquieta, la unidad reforzará nuestra esperanza para aceptar con paciencia las exigencias necesarias y mirar al futuro con confianza. Si unimos la inteligencia, las manos y el corazón en la causa, que a todos nos afecta, superaremos con mayor prontitud y eficacia los obstáculos de la hora presente.

La esperanza cristiana se apoya en última instancia en Jesucristo muerto y resucitado; es una esperanza pascual que arranca en la oscuridad de la cruz y conduce a la gloria de la resurrección. Esta esperanza alumbrada en la comunión con Jesucristo muerto y resucitado nos impulsa a los cristianos a "esperar contra toda esperanza" (cf. Rm 4,18), a esperar a pesar de los signos contrarios, a esperar más allá de toda esperanza humana. La esperanza en Dios no defrauda. Nos fiamos de Dios, que hace surgir la vida donde reina la muerte y la generosidad donde el egoísmo se cierra sobre sí mismo. Dios no solo promete, sino que también ha actuado y sigue actuando. Con la pascua de Jesús, su Espíritu ilumina el presente y el futuro de la historia. Esta esperanza trascendente la queremos ofrecer los cristianos a los demás conciudadanos en cada situación personal y social. El que espera en Jesucristo no espera solo para sí; ofrece su esperanza como servicio.

La comunicación cristiana de bienes es una invitación y norma desde el principio de la historia de la Iglesia; uno de los rasgos identificadores de la primera comunidad cristiana era precisamente el compartir bienes y necesidades (cf. Hch 2,42; 4,32). Hoy, en la situación delicada que atravesamos, constituye una llamada apremiante. Debemos estar cerca y ayudar con generosidad a los que padecen con mayor dureza los golpes de la crisis. Al pedir en el Padrenuestro el pan de cada día, debemos implorar también la apertura del corazón para escuchar el clamor de los indigentes, y la disposición a compartir los dones que recibimos de Dios. Agradezco a Cáritas y otras organizaciones, y por supuesto a tantas personas particulares, lo que vienen haciendo por los demás. Por doquier surgen gestos de generosidad y sacrificio que son como luz que nos alumbran en el camino.

Es particularmente desolador ver cómo muchos jóvenes experimentan con inquietud que su inserción laboral se aplaza más y más. El trabajo no es una suerte, sino un derecho y un deber. Nos unimos a los jóvenes en sus esperanzas y queremos colaborar en la medida de nuestras posibilidades en la realización

Jesús nos manda que nos amemos siguiendo su ejemplo: «*Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros, como yo os he amado*» (Jn 13,34). No dice solo «*ama a tu prójimo como a ti mismo*» (Lv 19,18), sino «*como yo os he amado*». El mandamiento es nuevo porque el amor de Jesús es su medida y porque su impulso viene del Espíritu del Señor. Este amor es el amor que renueva a quien escucha y obedece la palabra de Dios, y hace hombres nuevos en virtud de la alianza nueva sellada con la sangre de Jesucristo (cf. san Agustín, *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, 65, 1). De esta caridad debe brotar también la cercanía cordial y efectiva a los que nos necesitan. Si Dios nos ha amado, como acredita la prueba suprema de la cruz, también nosotros debemos amarnos unos a otros. El amor, que proviene de Dios, se convierte en manantial de gozo y de paz en el corazón de quien ama, a diferencia del egoísmo que esteriliza a las personas. La persona generosa con su actuación es una llamada a tender hacia lo excelente; en cambio, el que solo piensa en sí mismo entristece a los demás y causa abatimiento.

María virginalmente concibió, gestó y dio a luz al Hijo de Dios encarnado; por María ha venido el Salvador al mundo. María nos muestra a Jesús, el Fruto bendito de su vientre, como Camino, Verdad y Vida. Hoy, en la fiesta de Nuestra Señora de Fátima, nos acercamos a ella confiadamente. Recibamos la llamada que, a través de los niños sencillos y pobres de Aljustrel, nos dirigió a todos: «*La oración por los pecadores y la profunda conversión de los corazones*» (*Martirologio Romano*, p. 307). ¡Que la crisis actual sea una ocasión para volvernos a Dios! ¡Que la quiebra de lo que creímos seguro nos encamine a descubrir la auténtica seguridad!